

INMIGRACIÓN Y DESARROLLO CAPITALISTA

LA MIGRACIÓN EUROPEA A LA ARGENTINA

MARIO MARGULIS*
El Colegio de México

I. INTRODUCCIÓN

La inmigración masiva a la Argentina es parte de un proceso de desarrollo agropecuario, capitalista y dependiente, que tiene sus raíces en el desarrollo europeo, principalmente inglés, y en sus contradicciones internas. Migración y capitalismo, fuerza de trabajo y capitales, tienen las mismas fuentes: el continente europeo. Las contradicciones en el desarrollo capitalista: enorme desempleo en el plano poblacional y contradicciones entre la burguesía agraria y la industrial en el plano de la economía, encuentran un camino propicio en el desarrollo agroexportador de los enormes espacios abiertos de América y Oceanía.

Después de batallas teóricas (por ejemplo Ricardo vs. Malthus) y batallas políticas, la burguesía industrial inglesa triunfa sobre los terratenientes, y a partir de las Leyes de Granos de 1846 se abre la importación de productos agropecuarios. Las consecuencias no se reducen a modificaciones en la distribución local de la plusvalía; el desarrollo agrario argentino está vinculado con los resultantes a largo plazo de la supremacía industrial inglesa.

Superpoblación y superproducción, fantasmas del desarrollo capitalista, pudieron ser resueltas, en base a su expansión externa, por aquellos países que primero iniciaron el proceso de industrialización. El desarrollo de la tecnología —el aumento en la composición orgánica del capital— produce desempleo, desplaza población activa, crea el ejército “en pasivo” de trabajadores. También, y simultáneamente, el aumento en la productividad, fruto de la revolución tecnológica, requiere consumidores; y los desempleados no contribuyen al crecimiento del mercado interno.

Pero Inglaterra tenía al mundo entero por mercado y también enormes espacios por desarrollar, donde volcar sus excedentes en capitales y en hombres. Superpoblación y superproducción se canalizaron hacia el exterior.

* Agradecemos a la UNESCO la autorización para publicar este trabajo.

De esa forma el exceso de población, amenaza potencial al capital, se convierte en América y Oceanía en fuente de valorización del capital, en ganancia. Comienza la internacionalización del ejército de reserva, que acompaña a la internacionalización del capital.

Cuando el gran despegue del desarrollo argentino tiene lugar, la clase dominante local, principalmente terratenientes del litoral, no tiene enemigos a la vista. Antes de ello, muchos decenios de luchas políticas, nacionales e internacionales, con la intervención más o menos encubierta de los ingleses, han preparado el terreno. En la región del Río de la Plata —Argentina, Paraguay, Uruguay— ha sucumbido cerca de la mitad de su reducida población. El proceso de poblamiento viene precedido por otro de despoblamiento: la lucha de exterminio contra los indios, contra los gauchos, contra los paraguayos. En el proceso desaparecen también los negros. Ahora está abierto el camino para que lleguen los europeos. Para esta época, últimos decenios del siglo XIX, los emigrantes anglosajones escasean. Ingleses e irlandeses han debido emigrar mucho antes. Ahora están disponibles los italianos y españoles, y acuden numerosos a las fértiles llanuras del Plata. Son parte del “ejército de reserva” europeo cuyo número desborda las necesidades locales, amenazando el orden social. Son los campesinos europeos procesados por varios siglos de “acumulación originaria”. Argentina recibe los beneficios de este proceso: hombres preparados a su destino de vendedores de fuerza de trabajo, gente que no pretende otra cosa que oportunidades de trabajar. Aprovecha los efectos, estructurales y superestructurales, sobre la población, de la acumulación originaria europea.

Sólo resta asegurar que los inmigrantes transfieran su fuerza de trabajo. Para ello se aprovechan otras experiencias colonizadoras y básicamente se restringe el acceso a la propiedad de la tierra. Los inmigrantes no tendrán acceso a los medios de producción sino en las condiciones que convengan a las clases dominantes.

En este trabajo analizaremos las características del proceso inmigratorio hacia la Argentina con relación a los procesos económicos y demográficos locales y europeos. Nos referiremos también, en forma breve, al Paraguay y al Uruguay, que conjuntamente con Argentina constituyen la llamada Región del Río de la Plata. Profundamente ligados en su historia desde la llegada de los españoles, formaron una sola unidad política a partir de 1776 y durante algunos decenios, con la creación del Virreynato del Río de la Plata. En el plano demográfico han tenido una historia diferente: Argentina y Uruguay, casi despoblados a mediados del siglo pasado, recibieron una inmigración inmensa. Paraguay, en cambio, entonces considerablemente poblado, con un interesante proceso de desarrollo autónomo y temprana organización nacional, perdió la mayor parte de su población en la guerra de la Triple Alianza. Recibió luego una casi irrelevante migración de ultramar. Su crecimiento vegetativo fue

en cambio más intenso que el de sus vecinos del Sur, convirtiéndose en país de emigración, principalmente hacia Argentina y Brasil.

También formularemos, en el último capítulo, algunas hipótesis para el análisis de los cambios culturales vinculados a la inmigración masiva y al desarrollo capitalista. Estos aspectos culturales no pueden ser estudiados como fenómenos aislados; sólo pueden ser comprendidos en el marco de lo histórico, lo económico, lo político y lo social. Consecuentemente con esa concepción metodológica, intentaremos analizar las políticas poblacionales y los movimientos migratorios en relación con las contradicciones en las formaciones sociales en que transcurren. Una política de población, y como tal deben ser consideradas las grandes migraciones europeas a América, sólo se torna inteligible cuando es analizada en el interior de un sistema productivo. Los procesos de población cobran sentido, revelan su significado, cuando se los estudia dentro de un régimen histórico concreto y en relación con sus contradicciones.

II. LA EMIGRACIÓN EUROPEA: CONTEXTO ECONÓMICO-SOCIAL

1. *Inglaterra: Liberalismo y colonización*

Para explicar los grandes cambios poblacionales en el Río de la Plata en la segunda mitad del siglo pasado y comienzos de este siglo, y antes de examinar con más detalle sus aspectos cuantitativos, es preciso plantear sucintamente el contexto económico-social en la región y en Europa.

Comenzaremos por Europa, no sólo porque es preciso mencionar los procesos históricos que pusieron en disponibilidad de emigrar a una gigantesca masa humana; también porque son las circunstancias económicas europeas, su política y su expansión las que originan, estimulan y determinan en última instancia las grandes transformaciones económicas y demográficas en el Río de la Plata.

Para señalar a grandes rasgos los fenómenos europeos más significativos —en relación con nuestro tema— en el siglo pasado, debemos mencionar: el desarrollo industrial capitalista, la expansión imperial de las naciones más avanzadas y, por último, el gran crecimiento de la población y la consiguiente emigración.

Inglaterra, que conservó durante casi todo el siglo las ventajas de su temprana industrialización, expandió de manera extraordinaria su imperio y extendió su influencia a regiones que no eran políticamente colonias. Las bases económicas de su gran expansión imperial del siglo XIX se diferenciaron de las que presidieron su desarrollo imperial anterior. Con justeza se ha caracterizado a aquella primera etapa como el Imperio Mercantilista y a la siguiente como el Imperio Liberal.¹ En esta segunda etapa Inglaterra abandona las tácticas proteccionistas que caracterizan al

¹ Cfr. Vivian Trias, "El imperio británico", *Cuadernos de crisis*, Núm. 24, Buenos Aires, 1976.

mercantilismo y proclama ampliamente los principios liberales: el libre comercio, la libertad de navegación, etc., propiciados por los grandes teóricos de la economía, principalmente Adam Smith. Organiza también en base a estos principios la política y organización económica de sus colonias.

El liberalismo es asumido con plenitud en los decenios que siguen a las guerras napoleónicas, y uno de los puntos culminantes de esa política económica lo constituyen las famosas Leyes de Granos de 1846, que eliminan los obstáculos a la importación de cereales. Inglaterra aprovecha su ventaja tecnológica sobre las demás naciones y obtiene enormes beneficios. Se transforma en el principal exportador de productos industriales y su imperio le asegura mercados y materias primas. Además monopoliza el mercado financiero, los fletes marítimos, los seguros, las inversiones en empresas de transporte y de servicios dentro de su vasto imperio y zonas de influencia. Las fructíferas exportaciones "invisibles" favorecen su balanza de pagos. En los países colonizados se organiza la producción de materias primas y de productos primarios que complementan la economía inglesa y que son vendidos, financiados, transportados y asegurados por empresarios ingleses.

Uno de los grandes teóricos de la colonización liberal fue E. G. Wakefield. Sus teorías explican bastante bien la política británica en el Río de la Plata, que tuvo fundamental importancia en la evolución de esta región, en especial a partir de la segunda mitad del siglo XIX. Rechazando las teorías de Ricardo, Wakefield sostenía la conveniencia de invertir los excedentes de capital en las colonias "convenientemente organizadas", para lo cual propiciaba distintos métodos que aseguraran una oferta abundante de fuerza de trabajo. "Adoptando la teoría de Adam Smith de los 'nuevos equivalentes', sostenía que este capital se emplearía más rentablemente exportándolo a zonas donde existiera buena oferta de tierra fértil. Siempre que se dispusiera de abundante mano de obra proporcionada por la emigración, el capital sería más retributivo en estas nuevas tierras y ampliaría al mismo tiempo el mercado de las manufacturas británicas, aumentando la oferta de productos alimenticios y materias primas industriales baratas. Las colonias proporcionarían estas ventajas mejor que los estados independientes, ya que a las colonias podría obligárseles al libre cambio y los nuevos asentamientos continuarían siendo productores de materias primas durante un futuro indefinido."²

Las leyes de granos de 1846, que autorizaban la importación de cereales, tuvieron gran importancia por las transformaciones que desencadenaron en la economía inglesa y, a largo plazo, en los países de ultramar, entre ellos Argentina y Uruguay.

La agricultura inglesa era la más avanzada de su época. Luego de un

² D. F. Fieldhouse, "Colonialismo. Aspectos económicos", en David L. Sills (Comp.): *Enciclopedia internacional de ciencias sociales*, Vol. 2, p. 451, Madrid, Ed. Aguilar, 1974.

largo y conflictivo proceso de cambios técnicos y modificaciones en la propiedad y posesión de las tierras —los famosos cercamientos—, Inglaterra alcanzó una alta productividad agrícola. Fue éste uno de los principales factores de su desarrollo industrial, al afluir hacia las ciudades los campesinos desalojados y al posibilitar, con la elevación de la productividad agrícola, el abastecimiento de la población urbana. Se desarrolla en Inglaterra una agricultura capitalista: “4 000 terratenientes eran dueños de las cuatro séptimas partes de la tierra cultivada.”³ Estos terratenientes arrendaban sus tierras a granjeros que las explotaban en forma capitalista, empleando trabajadores asalariados. Según Hobsbawn,⁴ en 1851 un cuarto de millón de granjeros arrendatarios empleaban 1 250 000 trabajadores asalariados.

Sin embargo, el gran crecimiento de la población inglesa en el siglo XIX hizo sentir la escasez de tierras. Se cultivaron tierras marginales y subió el precio de los arrendamientos, como consecuencia del juego de las leyes de la renta en una economía liberal, generando lo que se denomina “renta absoluta”,⁵ lo que significó en definitiva un aumento en los ingresos de los propietarios rentistas en detrimento de los sectores industriales y urbanos. Las Leyes de Granos, en cuya sanción influyeron malas cosechas, alto precio de las subsistencias y grandes hambrunas, ponen fin a esta situación facilitando el ingreso de grandes cantidades de alimentos de ultramar, principalmente de los Estados Unidos. Sin embargo, y en parte debido a la Guerra de Secesión, sólo a partir de 1870 las Leyes de Granos desencadenan cambios significativos en Gran Bretaña, provocando la decadencia de su agricultura. Vastas áreas rurales son abandonadas y se incrementa la migración a las ciudades. Algunas tierras agrícolas son destinadas al pastoreo, pero, a partir de 1880, la importación de carne —primero ganado en pie y posteriormente carne congelada— también afecta a la ganadería. Se produce entonces una baja del precio de la tierra como consecuencia de la baja de la renta. Disminuye la renta diferencial y desaparece la renta absoluta: ello significa un traslado de ingresos del sector terrateniente al sector industrial y un aumento en la eficiencia general de la economía. La clase terrateniente inglesa ve deteriorados sus ingresos y en cambio se desarrolla, en relación con esa política, una floreciente clase terrateniente en Argentina y Uruguay, aliada a los sectores dominantes de la economía inglesa.

En el Río de la Plata, luego de complejas luchas internas, la clase te-

³ Eric J. Hobsbawn, *Las revoluciones burguesas*, Madrid, Ed. Guadarrama, 1971, p. 266.

⁴ *Ibid.*, p. 266.

⁵ “Renta absoluta” es la ganancia extraordinaria que puede ser obtenida sobre la tierra peor en condiciones de escasez de productos agrícolas y dentro de un régimen de monopolio de la propiedad territorial. En ese caso las tierras mejores suman a su renta diferencial —obtenida en relación con las tierras marginales— la renta absoluta. Cfr. K. Marx: *El Capital*, tomo 3, capítulo XLV, México, Fondo de Cultura Económica, 1964, y K. Kautsky, *La cuestión agraria*, Buenos Aires, Ed. Siglo XXI, 1974, p. 86-933.

rrateniente hegemoniza la economía y la política de la región. Se produce entonces un acelerado desarrollo de la economía, basado en la exportación agropecuaria y en la obtención de renta agraria; y para implementar ese desarrollo se propicia una política inmigratoria que traslada desde Europa a millones de personas.

La política agraria inglesa, coherente con su economía liberal y en el marco de su expansión imperialista, fomentó la puesta en producción de vastos territorios aptos para la agricultura en América del Sur y del Norte, Australia y Nueva Zelandia, hasta ese momento prácticamente improductivos y escasamente poblados. La superpoblación europea que emigró hacia esas regiones, aliviando la presión social que ejercía en Europa, fue puesta a trabajar en las colonias y semicolonias en beneficio de los industriales y financieros europeos y de las oligarquías locales. Fue más ventajoso para la industria, el comercio y la banca europeas operar en el campo que abren los nuevos países —Brasil, Argentina, Uruguay, Nueva Zelandia, Canadá— que proteger a la agricultura local, muy avanzada, es cierto, pero constreñida por la escasez de tierras.⁶ La liberación del comercio de alimentos permitió en Inglaterra bajar el costo de la fuerza de trabajo —por la reducción del costo de las subsistencias—, mejorar algo el nivel de vida de la clase obrera que logró obtener una parte de la renta absoluta y diferencial que desaparecía,⁷ mejorar el nivel de ocupación y favorecer la economía con la actividad que creaba la exportación de bienes de capital y productos elaborados a los nuevos mercados, al par que se absorbía la mano de obra que se desocupaba en los campos. En la segunda mitad del siglo XIX, en que Inglaterra capitalizó a su favor la ventaja tecnológica que derivaba de su temprano ingreso en la industrialización, no hubo guerras, disminuyó la emigración y declinaron las protestas obreras.

2. La población europea en el siglo XIX. Crecimiento y emigración

Durante el siglo pasado se operaron en Europa cambios demográficos trascendentales: a) Un espectacular crecimiento de la población; b) La intensa migración rural-urbana vinculada a los cambios operados en la condición de los campesinos con el fin del feudalismo; c) En profunda relación con ambos fenómenos, una gigantesca emigración hacia América y Oceanía.

a). La población europea registró un crecimiento muy notable y sostenido durante el siglo XIX, precedido de un cierto crecimiento durante el siglo XVIII. Este crecimiento no fue originado en un aumento de la fecundidad sino en un importante y prolongado descenso de la mortalidad.⁸

⁶ Cfr. G. M. Trevelyan: *Histoire Sociale de l'Angleterre*, París, Payot, 1949.

⁷ K. Kautsky, *op. cit.*, p. 92.

⁸ W. D. Borrie, *Historia y estructura de la población mundial*, Madrid, Ediciones Istmo, 1970, p. 120.

Las causas de esta disminución de la mortalidad se deben, en términos generales, a una más regular y sistemática provisión de alimentos; en segundo lugar, a una mejora gradual de la higiene y de la atención médica. La mejor provisión de alimentos tuvo origen, por una parte, en el aumento de la productividad agraria en los siglos XVIII y XIX y además en un factor poco destacado pero de gran influencia: la mejora en los medios de transporte. Aún antes del desarrollo de los ferrocarriles, en la primera mitad del siglo XIX, se incrementó notablemente en toda Europa la red de carreteras, se multiplicó el tonelaje de los navíos mercantes y se construyeron puentes, puertos y muelles. "El aumento de la población les debió mucho (incluyendo ferrocarriles y navegación a vapor), pues en los tiempos preindustriales lo que la mantenía baja no era tanto la alta mortalidad sino las periódicas catástrofes —a menudo muy localizadas— de escasez y hambre."⁹

Otros factores que influyeron decididamente en el crecimiento de la población fueron: el aumento de la tasa de nupcialidad, la baja en la edad del matrimonio con la consiguiente prolongación de la vida fértil de la mujer y el aumento de la esperanza media de vida.

Según Carr Saunders¹⁰ la población europea pasó de 187 millones en 1800 a 401 millones al finalizar el siglo. La población de Inglaterra, según el censo de 1801, era de casi nueve millones de habitantes; a fines del siglo XIX, y a pesar de su enorme emigración, alcanza los 33 millones. Alemania bordea los 30 millones en 1840 y llega a 50 a fines del siglo. Rusia, con una tasa de crecimiento natural alta y sostenida, alcanza en 1900 los 100 millones de habitantes, a pesar de su alta mortalidad.

Casos singulares en Europa fueron: Francia, cuya población, muy alta a principios del siglo pasado, permaneció estancada, e Irlanda, cuya población descendió de ocho millones en 1840 a unos cinco millones en 1881 y a poco más de cuatro en 1931. La emigración irlandesa a un solo país, los Estados Unidos, alcanzó a 4.5 millones entre 1819 y 1940. Irlanda se distingue en este periodo por una muy baja tasa de nupcialidad y por los penosas condiciones de vida de su población.¹¹

La población española tuvo también un considerable crecimiento, prolongando la recuperación iniciada en el siglo anterior; sin embargo, su ritmo de crecimiento en el siglo XIX fue inferior al de otros países europeos. La tasa de mortalidad fue muy elevada en España durante el siglo pasado, alimentada por terribles epidemias de cólera. La población española paso de 12.3 millones en 1833 a 18.6 millones en 1900.¹²

b) El desarrollo del capitalismo en Europa arrancó millones de campe-

⁹ Hobsbawn, *op. cit.*, p. 305.

¹⁰ M. Carr Saunders, *Población mundial*, México, 1939, Fondo de Cultura Económica, p. 30.

¹¹ Datos tomados de W. D. Borrie, *op. cit.*

¹² Pedro Romero de Solís, *La población española en los siglos XVIII y XIX*, Madrid, Siglo XXI Editores, 1973.

Cuadro 1

EVOLUCIÓN DE LA POBLACIÓN EUROPEA
(1800 = 100)

País	1850	1900
Inglaterra	139	189
Holanda	144	242
Belgica	156	216
Alemania	151	250
Noruega	159	254
Suecia	148	219
Finlandia	197	318
Suiza	160	220
Francia	129	143
Portugal	119	184
Italia	134	179
España	149	177
Europa Occidental	145	191

FUENTE: Tomado de Romero de Solís, *op. cit.*, p. 232.

sinos de sus tierras y los impulsó a las ciudades, modificando las antiguas formas de producción agraria. Las tierras comunales fueron expropiadas y el campesino tradicional pasó a ser hostigado por la economía de mercado y oprimido por la usura. Desapareció el viejo equilibrio entre familia, trabajo artesanal y comunidad agraria. Este proceso que empezó a fines de la Edad Media provocó un aumento en la productividad agraria, cambios técnicos y sociales en las explotaciones y crecimiento demográfico. Gran parte de ese crecimiento se concentró en las ciudades proporcionando mano de obra asalariada a la naciente industria y formando además una gran masa pauperizada. Fue el proceso de transformación del campesino integrado a la comunidad rural, ligado por diversos lazos a la tierra, en un hombre libre pero despojado de todo, excepto de su fuerza de trabajo; y este proceso se produjo, aunque con distinta intensidad, en todos los países de Europa. El desarrollo capitalista del agro significaba remover los obstáculos provenientes de las formas feudales, las prohibiciones de venta y de dispersión de la tierra y la resistencia de los terratenientes precapitalistas y del campesinado tradicional. Era necesario que la tierra se transformase en mercancía y que gran parte de la población rural se convirtiera en jornaleros libres y móviles.¹³ “Los campesinos tenían que perder su tierra a la vez que los demás lazos.”¹⁴ Como consecuencia de la Revolución francesa desapareció el feudalismo en toda Europa, “desde Gibraltar a Prusia Oriental y desde el Báltico a Sicilia. Los cambios equivalentes en la Europa Central sólo se produjeron en 1848, y en Rumania y Rusia después de 1860.”¹⁵ En Inglaterra este proceso ya había ocurrido mucho antes: los cercamientos habían transformado hacia 1760 más de seis millones de hectáreas de tierras

¹³ Cfr. Hobsbawn, *op. cit.*, pp. 266 y siguientes.

¹⁴ *Ibidem*, p. 27.

¹⁵ *Ibid.*, p. 272.

comunales en arrendamientos privados. En el siglo XIX, España incorporó lentamente formas capitalistas que fueron concentrando población en sus ciudades, arrancaron campesinos de sus tierras y destruyeron el mercado local en favor de una producción en mayor escala para mercados urbanos o internacionales.¹⁶ La población se fue pauperizando en las ciudades y aumentó la desocupación. La emigración, prohibida hasta 1853, tomó auge: migraciones estacionales a Argentina, migraciones internas hacia las ciudades de la periferia y emigración al exterior, en especial hacia Argentina, Brasil y Antillas. Hasta 1900 se habían instalado en la Argentina 361 000 españoles.¹⁷

c) *La emigración.* Las circunstancias que hemos descrito —cambios en la estructura agraria, crecimiento de la población, despojo de tierras, insuficiencia de empleos en las ciudades, crisis en la industria doméstica, pauperización, leyes permitiendo y propiciando el traslado a otros continentes— determinaron en el siglo pasado la emigración más grande que registra la historia.¹⁸

Según Carr Saunders¹⁹ más de 51 millones de personas abandonaron Europa entre 1846 y 1932. La mayor parte se dirigió a América, principalmente a Estados Unidos, Argentina, Brasil y Canadá. Los Estados Unidos recibieron entre 1821 y 1932 a 34 millones de personas.²⁰

El desarrollo capitalista europeo gestó no sólo la masa de asalariados necesario para el funcionamiento —sin obstáculos— de su industria, generó también en su conflictivo desarrollo una masa enorme de desocupados —generalmente desarraigados del agro y hacinados en las ciudades— para quienes no había lugar ni esperanzas en la economía vigente. Formaron el “ejército industrial de reserva”²¹ necesario para mantener abastecida de fuerza de trabajo a la joven industria y para deprimir las condiciones de negociación salarial de la clase obrera, pero además, la vasta masa de desocupados desbordó los límites prudentes de la reserva obrera necesaria al armonioso funcionamiento del capitalismo. De tal manera la emigración funcionó en el siglo pasado en Europa como una válvula de escape que alivió el conflicto social emergente de la enorme masa humana sin cabida en las condiciones económicas vigentes. Es probable que la historia social y política de Europa hubiese sido muy otra de no haber existido vastos espacios extracontinentales para acoger a sus millones de desocupados.

¹⁶ Cfr. Romero de Solís, *op. cit.*

¹⁷ *Ibid.*, p. 50.

¹⁸ Considerando el volumen, la mayor emigración, anterior a la europea del siglo XIX, fue la que —originada en el tráfico de esclavos— arrancó de África a cerca de 20 millones de personas. Si tenemos en cuenta la proporción en la emigración con respecto a la población de los respectivos continentes, la emigración africana fue mayor que la europea.

¹⁹ *Ibidem.*

²⁰ *Ibidem.*

²¹ Cfr., Karl Marx, *El capital*, tomo I, México, Fondo de Cultura Económica, 1964, pp. 532 y siguientes.

Cuadro 2

EUROPA: EMIGRACIÓN, 1846 A 1932

País de emigración	Período	Total (millares)
Austria-Hungría	1846-1932	5 196
Bélgica	1846-1932	193
Islas Británicas	1846-1932	18 020
Dinamarca	1846-1932	387
Finlandia	1871-1932	371
Francia	1846-1932	519
Alemania	1846-1932	4 889
Italia	1846-1932	10 092
Malta	1911-1932	63
Holanda	1846-1932	224
Noruega	1846-1932	754
Polonia	1920-1932	642
Portugal	1846-1932	1 805
Rusia	1846-1924	2 253
España	1846-1932	4 653
Suecia	1846-1932	1 203
Suiza	1846-1932	332
Total Europa		51 696

FUENTE: Tomado de Carr Saunders, *op. cit.*

III. DEMOGRAFÍA E INMIGRACIÓN EN LA REGIÓN DEL PLATA

En 1850, la población argentina era de menos de un millón de habitantes; para 1914 alcanzaba casi los ocho millones. El Uruguay contaba con apenas 74 000 habitantes en 1830; en 1840 había ya triplicado esa población y a fines del siglo llegaba al millón de habitantes. Son suficientes estos escuetos datos para percibir el extraordinario impacto de la inmigración europea en la región. Países semidespoblados recibieron en pocos decenios una enorme masa humana, venida de otro continente, portadora de otra cultura, con distinta historia y experiencia, casi siempre hablando otra lengua.

¿Cuál fue el proyecto económico y político que impulsó tan tremenda transformación?; ¿qué quedó de la Argentina y Uruguay anteriores, qué de su población original, de su cultura?; ¿qué lugar fue destinado a los inmigrantes y cómo fueron incorporados a sus nuevos países?

En cuanto al Paraguay, hay criterios encontrados en cuanto a la población existente con anterioridad a la guerra de la Triple Alianza. Varios autores estiman que superaba el millón de habitantes en 1850; un censo de 1857 registra 1 337 000 habitantes.

Según Darcy Ribeiro,²² en 1871, después de la guerra, sólo quedaban 220 000 personas, casi todas mujeres y niños.

En años posteriores, Paraguay recibió de Europa muy pocos inmigrantes, apenas 42 000 según Carlos Pastore,²³ y según Carr Saunders²⁴ en-

²² Cfr., Darcy Ribeiro, *Las Américas y la civilización*, tomo III, Buenos Aires, CEDAL, 1969, p. 100.

²³ Carlos Pastore, *La lucha por la tierra en el Paraguay*, Montevideo, Editorial Antequera, 1972, p. 267.

²⁴ *Op. cit.*, p. 50.

tre 1881 y 1932 se registra la entrada de 26 000 inmigrantes al Paraguay.

Trataremos, en las próximas páginas, de responder —por lo menos sucintamente— a los interrogantes planteados; también haremos una breve descripción del proceso migratorio.

1. La inmigración en la Argentina

Si bien, considerando el volumen numérico, fue Estados Unidos el país que más inmigrantes ha recibido, si se tiene en cuenta el porcentaje de población inmigrada con relación a la población total, ningún país recibió una proporción mayor de inmigrantes que la República Argentina.

Argentina es el segundo país en cantidades absolutas y según se observa en el cuadro 3, a considerable distancia de Estados Unidos. Sin embargo, la proporción de extranjeros en el total de la población fue, durante todo el periodo considerado, muy inferior en Estados Unidos que en Argentina. La máxima proporción de extranjeros alcanzada en ese país fue del 14.4% en las épocas de mayor inmigración, mientras que en la Argentina esa proporción fue superior al 23% entre 1895 y 1930 registrándose el 30.3% en el censo de 1914. En la ciudad de Buenos Aires y en las provincias del litoral, los extranjeros varones en edad activa constituyeron en el periodo de la inmigración, la enorme mayoría dentro del grupo de población masculina adulta.²⁵

Cuadro 3

INMIGRACIÓN, 1921 A 1932

País de inmigración	Periodo	Total (miles)
Argentina	1856-1932	6 405
Brasil	1821-1932	4 431
Antillas Británicas	1836-1932	1 587
Canadá	1821-1932	5 206
Cuba	1901-1932	857
Guadalupe	1856-1924	42
Guayana Holandesa	1856-1931	69
México	1911-1931	226
Terranova	1841-1924	20
Paraguay	1881-1931	26
Estados Unidos	1836-1932	34 244
Uruguay	1836-1932	713
Australia	1861-1932	2 913
Nueva Zelanda	1851-1932	594
Sud-Africa	1881-1932	852

FUENTE: Tomado de Carr Saunders, *op. cit.*, p. 50.

Durante un muy largo periodo España desalentó la radicación de extranjeros en sus posesiones. Las Leyes de Indias contenían disposiciones

²⁵ Cfr., Gino Germani, *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Editorial Paidós, 1963, capítulo 7.

específicas que prohibían el trato con extranjeros, en particular en los puertos. Esta política tendía a dificultar el contrabando y a reforzar el monopolio español del comercio.²⁶ A partir de la revolución de mayo de 1810, los diversos gobiernos nacionales o provinciales legislaron en forma favorable a la inmigración. En el decenio de 1820 a 1830, Rivadavia —ministro y luego presidente— negoció con compañías inglesas la instalación en el país de familias procedentes del norte de Europa, pero como resultado de esos intentos sólo se logró atraer unos pocos miles de inmigrantes, ingleses, escoceses y alemanes, y crear efímeras colonias, que en general no prosperaron. Los intentos de promover una corriente migratoria significativa, de atraer hacia Argentina una porción de la migración masiva europea que ya comenzaba a manifestarse, sobre todo en el norte del continente, no tuvieron éxito. Faltaban los estímulos que medio siglo después encauzaron hacia el país una gran corriente migratoria. En el decenio de los 20 las perspectivas de seguridad y prosperidad eran escasas. Las compañías colonizadoras tampoco demostraban mucho interés, pues las tierras no se otorgaban en propiedad sino según el régimen de enfiteusis, y esto, que seguramente era útil para los colonos, no lo era para los organizadores, preocupados por enriquecerse mediante la especulación inmobiliaria, como efectivamente ocurrió en los últimos decenios del siglo. Los inmigrantes temían al estado convulsionado del país, a la falta de organización política, a las luchas internas y a la posibilidad de tener que prestar servicios en las milicias.²⁷

En los años que siguieron, durante el largo gobierno de Rosas, la inmigración no fue estimulada; sin embargo, una pequeña corriente de migración espontánea radicó en el país un número considerable de extranjeros. Para 1854 había en el país 82 800 extranjeros; entre ellos 25 000 franceses, 18 000 británicos, 15 000 italianos, 20 000 españoles y 4 000 norteamericanos.²⁸

Pero la gran corriente inmigratoria se inicia recién en la segunda mitad del siglo XIX y continúa durante los tres primeros decenios del siglo XX. Sus causas deben buscarse en el complejo proceso económico y político que llevó a la puesta en producción de las fértiles praderas del litoral, bajo el estímulo de la demanda europea de alimentos y materias primas y de la política de expansión del capital financiero, principalmente inglés. Este proceso, que determinó la radicación masiva de inmigrantes, fue dirigido por la compacta clase terrateniente del litoral, que dominó la escena económica y política argentina hasta muy entrado el siglo XX.

Es necesario referirse a la dinámica de su desarrollo agrario para comprender la política de población en el Río de la Plata. En 1850, Argentina —y la descripción vale en gran parte para el Uruguay— era un país

²⁶ Cfr., Silvia Chester, "Panorama demográfico argentino", *Revista Estrategia*, Núms. 13 y 14, Buenos Aires, p. 66.

²⁷ Véase José Panettieri, *Inmigración en la Argentina*, Buenos Aires, Ediciones Macchi, 1970.

²⁸ *Ibid.*, p.19.

casi despoblado, con menos de un millón de habitantes diseminados en un inmenso territorio de cerca de tres millones de kilómetros cuadrados. En sus enormes praderas se desarrollaba la llamada "civilización del cuero", materia prima básica; "los pobladores se alimentaban sólo de carne, sin sal ni pan, no conocían las verduras ni probaban la leche".²⁹ De los inmensos rebaños vacunos se aprovechaba el cuero y rudimentariamente la carne, que se exportaba en forma de tasajo para la alimentación de esclavos. Comenzaba un interesante desarrollo del ganado lanar. La agricultura casi no existía, se importaba "trigo de Estados Unidos, Chile y Australia; azúcar del Brasil, Cuba y Francia; tabaco de Estados Unidos, Cuba y Brasil; aceite de España, Italia y Francia".³⁰ En el interior, en las provincias precordilleranas, vivía gran parte de la escasa población, dedicada a cultivos de vid, caña de azúcar, industrias artesanales de tradición y secular y a una agricultura y ganadería de subsistencia, aunque en siglos anteriores se había desarrollado en esas regiones una actividad económica relativamente intensa y un activo tráfico con Chile y el Alto Perú.

El poder de la clase terrateniente de Buenos Aires era aún bastante restringido. No dominaba íntegramente el litoral; gran parte de la región estaba hostigada por tribus indígenas nómadas, sobre todo araucanas, reduciendo las zonas seguras a estrechas fronteras; sólo después de varias batallas es vencido Urquiza, poderoso ganadero y caudillo de Entre Ríos, en quien se expresa la contradicción entre los intereses del interior y la política de los hacendados del litoral. Debe enfrentarse también con los sectores del interior del país, fuertes aunque no unidos, que se oponen a un desarrollo liberal dependiente hegemonizado por Buenos Aires. Esta oposición se expresa bélicamente en la acción de las montoneras, grupos de paisanos del interior dirigidos por caudillos locales, que sostuvieron una larga guerra de guerrillas contra Buenos Aires. Las economías del interior se ven amenazadas por el proyecto de desarrollo liberal, dependiente, librecambista, propiciado por los terratenientes del litoral interesados en la exportación de productos agrarios de las llanuras pampeanas y en la libre importación de manufacturas. Los caudillos del interior propician un desarrollo autónomo, independiente, que proteja sus economías de la competencia desigual con los productos industriales elaborados en los países más avanzados de Europa y los haga partícipes del monopolio de las rentas fiscales portuarias detentado por Buenos Aires.

Paraguay, en el Norte, aparecía como un poderoso aliado potencial de la política propiciada por el Interior. Aislado durante largos años de las luchas intestinas de los países del Plata, gobernado férreamente por Gaspar Francia y luego por los López, Paraguay aparecía como un país fuerte, poblado, nacionalista y con un interesante proceso de desarrollo

²⁹ Horacio C. E. Giberti, *Historia Económica de la Ganadería*, Buenos Aires, Editorial Solar/Hachette, 1961, p. 145.

³⁰ *Ibid.*, pp. 146-147.

autónomo, incipiente industria, alto índice de educación y considerable agricultura. Su población, equivalente en esa época a la de Argentina, estaba mucho más concentrada ecológica y políticamente y su gobierno tenía un poder indiscutido, fortalecido durante varios decenios por el aislamiento y la continuidad.

Cincuenta años después, para 1900, la Argentina había cambiado radicalmente. Los caudillos habían sido vencidos; el Paraguay, derrotado y assolado; los indios, después de largas campañas, habían casi desaparecido: derrotados y muertos en la guerra o expulsados hacia lejanas regiones patagónicas. En la llanura pampeana, cuya tierra era monopolizada por grandes terratenientes, se producía trigo, maíz, ganado refinado. La pampa estaba dividida por alambrados, surcada por ferrocarriles y telégrafos. Se exportaban cereales, lana, cuero, ganado en pie, carne congelada. La oligarquía pampeana gobernaba sin tropiezos.

El capital inglés había realizado ya grandes inversiones: ferrocarriles, frigoríficos, servicios públicos, bancos y empréstitos. Millones de inmigrantes europeos habían ingresado al país y constituían gran parte de la mano de obra. Las economías del interior, arruinadas —con algunas excepciones, como el azúcar en Tucumán y la vitivinicultura en Cuyo— perdían población que migraba hacia el Litoral.

La demografía se modifica, desequilibrándose notablemente en favor de las provincias litorales. Allí la composición de la población ha cambiado de manera espectacular. Prácticamente ha desaparecido la población negra, que representaba un porcentaje significativo en 1810; empleada sistemáticamente en los ejércitos, en las guerras de la Independencia, en las guerras intestinas, contra los indios y contra el Paraguay, la población negra pierde a muchos de sus últimos sobrevivientes con la epidemia de fiebre amarilla que asola Buenos Aires en 1871. Muere, también, en las diversas guerras, gran parte de la población criolla; en especial la Guerra del Paraguay significó, sumando las pérdidas de vidas en los tres países, una disminución importantísima de la población nativa de toda la región. Los indios desaparecen tempranamente en el Uruguay, y sólo sobrevive a las campañas de exterminio un número muy reducido en la Argentina. En resumen, la población de la región, principalmente de las zonas pampeanas y sus ciudades, cambia en forma notable, alejándose de las raíces étnicas y culturales que la vinculaban a los demás países de América Latina.

Gran parte de la población es sustituida. No se trata simplemente de la llegada de una gran inmigración sino que los cambios demográficos en la región comprenden también la desaparición y sustitución de una parte muy importante de la población original ligada a formas productivas, políticas y culturales ajenas al proyecto capitalista dependiente. No solamente llegan millones de inmigrantes a una región escasamente poblada, sino que el proceso previo que conduce a la consolidación de la clase

terrateniendo y su política liberal produce la desaparición de una proporción significativa de la población nativa.

La inmigración se intensifica en la medida en que se va consolidando el proyecto de la clase dominante y las regiones pampeanas se abren a la inversión de capital y a la explotación extensiva de la tierra.

Como ya se señaló antes, en 1850, la población estimada de Argentina era inferior al millón de habitantes. Desde entonces y hasta 1930, ingresaron al país más de seis millones de inmigrantes europeos. Una gran parte de esa inmigración comprendía población adulta y con predominio de hombres. Sin embargo, no toda esa masa de inmigrantes permanecía en el país, los registros de salida son también abundantes. Una parte notable de las salidas registradas se debe a la llamada "inmigración golondrina", o sea migrantes estacionales que llegaban desde Europa, por pocos meses, para trabajar en la cosecha. La baratura de los fletes y los buenos jornales —basados en la escasez de mano de obra— hacían posible esta operación. Sin embargo, hay que tener en cuenta que una parte de los inmigrantes que retornaban habían vivido algunos años en el país.

Cuadro 4

ARGENTINA: ENTRADAS Y SALIDAS DE EXTRANJEROS - SALDOS MIGRATORIOS
(MOVIMIENTOS DE EXTRANJEROS POR LA VÍA DE ULTRAMAR
DE 2a. Y 3a. CLASE, POR PERÍODOS)

Períodos	Entrados	Salidos	Saldo
1857-1870	179 570	31 876	87 694
1871-1880	260 865	175 763	85 122
1881-1890	841 122	203 455	637 667
1891-1900	648 325	328 444	319 882
1901-1910	1 764 103	643 924	1 120 179
1911-1920	1 194 258	925 059	269 199
1921-1930	1 397 415	519 455	877 970
1931-1940	310 012	237 272	72 740
1941-1946	13 425	10 667	2 828
Total	6 609 186	3 135 905	3 473 281

FUENTE: Tomado de Elena Chiozza, "La población argentina en expansión", *Revista Polémica*, Núm. 48. Buenos Aires, 1971, p. 223. Para una información numérica más detallada acerca de la inmigración europea, véase Zulma F. Rechinni de Lattes y Alfredo G. Lattes, *Migraciones en la Argentina. Estudio de las migraciones internas e internacionales, basadas en Datos Censales, 1859-1960*, Buenos Aires. Editorial del Instituto, 1969.

Para completar el cuadro 4 debemos señalar que con posterioridad a la segunda guerra mundial, y principalmente entre 1947 y 1951, se produjo un incremento muy considerable de la inmigración: entre 1941 y 1950 el saldo migratorio fue de 386 000 personas y entre 1951 y 1958 de 245 000.³¹

Uno de los resultados más visibles del impacto de la inmigración sobre

³¹ Datos de Germani, *op. cit.*, p. 182.

la composición de la población fue, además del alto porcentaje de población extranjera que se observa en los censos, una distorsión en la proporción entre los sexos y en la distribución por edades de la población. Los inmigrantes eran predominantemente hombres y en edad activa, ello se observa en especial en los primeros decenios de la inmigración masiva. Después de 1900, aumenta la proporción de inmigrantes que se trasladan con sus familias.

El censo de 1869 constata una población de 1 736 923 habitantes; de ellos 211 993 son extranjeros (12%). De esa población extranjera 60 005 son mujeres y 151 988 hombres. El censo de 1895 registra 3 954 911 habitantes: de ellos 1 004 527 eran extranjeros (más del 25%). Entre los extranjeros la población masculina seguía predominando en forma notable: 635 967 varones y 368 560 mujeres. En 1914, año del tercer censo nacional, la proporción de extranjeros aumenta al 29.9%:

Censo de 1914—Población total: 7 885 237 habitantes
Extranjeros: 2 357 952 habitantes

Si se tiene en cuenta solamente la zona del Litoral, donde habitaban 5 314 830 personas, o sea una proporción muy grande de la población total, el porcentaje de extranjeros se eleva aún más, alcanza al 35.6% para 1914. En el grupo de varones de más de 20 años, el grupo de los extranjeros supera a los argentinos nativos, y en la ciudad de Buenos Aires, para esta época, por cada argentino varón mayor de 20 años había tres extranjeros del mismo grupo de edad.³² En 1914, la tasa de masculinidad en la población extranjera llega al 171%.³³

Durante los decenios de mayor intensidad inmigratoria, el alto porcentaje de extranjeros y la elevada tasa de masculinidad eran fácilmente observables en la vida cotidiana, principalmente en las ciudades, quedando de ello numerosos testimonios en los productos culturales de la época.

Para 1870, la mayor parte del aporte migratorio europeo provenía de los países del Noroeste.³⁴ A partir de 1870 disminuye la corriente emigratoria del Noroeste y en cambio aumenta considerablemente la que proviene del Sudeste, principalmente de España e Italia. Entre 1901 y 1910, del total de emigrados de Europa hacia diversos países, el 30.9% provenía del Noroeste y el 69.1 del Sudeste. La corriente migratoria hacia la Argentina coincidió con el declinar de la emigración del Noroeste europeo; de tal modo, el Río de la Plata captó principalmente inmigran-

³² Datos tomados de Panettieri, *op. cit.*, pp. 19-33.

³³ Germani, *op. cit.*, p. 185.

³⁴ Se entiende que se refiere al total de la emigración europea hacia diversos destinos. Según Oscar Cornblit y otros, "La generación del 80 y su proyecto" en *Argentina y sociedad de masas*, Instituto Torcuato Di Tella y otros (Comps.) Buenos Aires, Ediciones Eudeba, 1965, p. 22 más del 90% de la emigración partía del noroeste.

tes del Sur, en especial Italia y España. Cabe señalar que los ideólogos de la época, influidos en buena parte por ideas racistas y también interesados en traer inmigrantes de los países más adelantados en el proceso de desarrollo capitalista, propiciaban en sus escritos la inmigración de anglosajones y germanos.

Del total de los inmigrantes radicados en la Argentina, poco menos de la mitad provenían de Italia, un tercio de España, siguiendo a gran distancia otras nacionalidades entre las que predominaron los polacos, rusos y franceses:

Cuadro 5

ARGENTINA: INMIGRACIÓN POR NACIONALIDADES, 1857-1946

Nacionalidad	Total
Italianos	1 476 725
Españoles	1 164 321
Polacos	155 727
Rusos	114 303
Franceses	105 537
Alemanes	59 895
Portugueses	35 470
Yugoslavos	31 522
Checoslovacos	25 024
Ingléses	19 525
Otros	285 242

FUENTE: Tomado de Elena Chiozza, "La población argentina en expansión", *Revista Polémica*, Núm. 48. Buenos Aires, 1971, p. 224.

En la inmigración italiana, pueden distinguirse dos fases: la primera, entre 1876 y 1900, provenía principalmente del Norte de Italia, más desarrollado e industrial. Son estos inmigrantes los que lograron radicarse, en proporción significativa, como colonos —algunos como propietarios y la mayoría como arrendatarios— en las provincias de Santa Fe y en segundo lugar Buenos Aires. A partir de 1900 se incrementa de manera notable la proporción de italianos venidos del Sur, del Mezzogiorno, atrasado y semifeudal. Era mano de obra no especializada, pobre y casi analfabeta; huía de la desocupación y de la miseria. En Argentina no consiguió acceder a la tierra: sólo unos pocos consiguieron instalarse como arrendatarios, la mayoría fueron asalariados rurales o se dirigieron a las ciudades donde se integraron al proletariado urbano o al sector terciario.³⁵

Una gran proporción de inmigrantes se radicó en las ciudades. Argentina tuvo un temprano y desproporcionado proceso de urbanización; hacia 1914 un 527% de su población residía en ciudades, entre las que se destaca, por su acelerado crecimiento, Buenos Aires: gran puerto, centro del intercambio, de las grandes residencias, de la industria, de la cultura, donde convergían todas las líneas ferroviarias y desde donde se dispersaban al interior los productos de importación.

³⁵ Cfr., Bruno Passarelli, "La inmigración de la Italia meridional", *Revista Polémica* (Documentos), Buenos Aires, CEDAL 73.

La radicación urbana de un número muy grande de inmigrantes respondía a diversas razones: por una parte, el sistema de propiedad de la tierra y de explotación agraria —que describiremos más adelante— les cerraba el acceso a la propiedad de tierras agrícolas o ganaderas; a ello se agregaba la intensa demanda de mano de obra en las zonas urbanas, principalmente para la construcción de obras públicas, transportes, servicios públicos, puertos, residencias y para las industrias de procesamiento y transformación de productos primarios. Por otra parte, el enorme aumento del ingreso nacional generó una serie de posibilidades para el comercio, los talleres, los servicios y la pequeña industria, y en la ciudad hubo en general posibilidades de empleo para los recién llegados o para los que no lograban instalarse provechosamente en el agro.

Cuadro 6

ARGENTINA: POBLACIÓN RURAL Y URBANA, 1869-1914^a

Censo	Población total	Urbana		Rural	
		Número	%	Número	%
1869	1 737 076	496 680	28.6	1 240 396	71.4
1895	3 954 911	1 479 452	37.4	2 475 459	62.6
1914	7 885 237	4 157 370	52.7	3 727 867	47.5

^a Según Censos Nacionales. Tomado de Elena Chiozza, "La población argentina en expansión", *Revista Polémica*, Núm. 48, Buenos Aires, 1971, p. 224.

Como vemos, junto con el acelerado crecimiento de la población total, se fue acentuando el proceso de urbanización, llegando en 1914 la Argentina a una tasa de urbanización comparable a la que regía en los países industrializados de Europa. Básicamente, este extraordinario crecimiento de la población urbana se debió a la mayor radicación de inmigrantes.

Cuadro 7

EVOLUCIÓN DE LA POBLACIÓN EN LA CIUDAD DE BUENOS AIRES

Año	Población total	Extranjeros
1810	55 000	
1852	76 000	
1869	177 787	88 126
1887	433 375	228 651
1895	663 854	345 493
1904	850 891	427 850
1909	1 231 698	544 185
1914	1 576 597	964 961

FUENTE: Tomado de Jorge Páez, *El conventillo*, Buenos Aires, CEDAL, 1970.

Sólo un pequeño porcentaje de los inmigrantes se dirige a las provincias del interior, la mayoría se asienta en el litoral, cuya población crece

muy intensamente en relación con el resto del país; y dentro del litoral se asiste a un gradual proceso de concentración en las ciudades.

Cuadro 8

ARGENTINA: EXTRANJEROS DE 20 AÑOS DE EDAD POR CADA 100 PERSONAS DE LA MISMA EDAD EN LA POBLACIÓN TOTAL DE TRES ZONAS, 1869-1947

Zonas	Años			
	1869	1895	1914	1947
Cd. de Buenos Aires	67	74	72	37
Provincias de:				
Córdoba				
Buenos Aires				
Entre Ríos	--	44	51	23
Mendoza				
La Pampa				
Resto del país	--	11	20	16

FUENTE: Según Censos Nacionales, tomado de G. Germani, *op. cit.*, p. 188.

La corriente migratoria se asienta, pues, en el Litoral. El objetivo principal de los inmigrantes, y el que les propone en Europa la propaganda de los agentes destacados por el gobierno argentino y de las compañías colonizadoras, es el agro: obtener tierra en propiedad. Pero sólo muy pocos lograrían ese propósito: la mayoría de los que se radican en el agro lo hacen como arrendatarios o como jornaleros. La inmigración proporcionó toda la mano de obra que fue necesaria para el espectacular desarrollo agrario, y éste se basó en la explotación extensiva de la tierra y en la ocupación y puesta en producción de tierras vírgenes. La ganadería ocupaba muy poca mano de obra; la agricultura, aunque extensiva, fue la que radicó en el agro a la mayor parte de los inmigrantes.

Pero la población que se radicaba en el campo fue sólo una proporción, cada vez menor, de la masa total de inmigrantes. Las ilimitadas y fértiles llanuras pampeanas fueron el gran incentivo de la inmigración. A ellas se refería la propaganda que los atraía y los sueños de "hacer la América". Siendo muchos de los inmigrantes hijos de agricultores, provenientes de un medio donde la tierra, el mayor bien, era sumamente escasa, prácticamente inaccesible, eran muy atractivas las perspectivas que parecía ofrecer este país que contaba con grandes extensiones de tierras vírgenes. Sin embargo, en Argentina, país despoblado, faltaba la tierra. No estaba a disposición de los inmigrantes.

Sólo muy pocos —en las primeras épocas de la inmigración— lograron obtener una parcela en propiedad y en zonas entonces consideradas marginales; zonas de frontera, aisladas, lejanas, hostigadas por los indios. Así y todo, estos colonos —casi todos ellos traídos e instalados por compañías colonizadoras que realizaban pingües negocios— debieron pagar duramente por este privilegio. Pero la mayoría de los que se radicaron

en el agro sólo tuvieron acceso a la posesión de tierra en carácter de arrendatarios, iniciándose así un penoso ciclo de agricultura nómada. El terrateniente proporcionaba en arriendo, a cambio de una renta —en dinero y a veces en especie— unas doscientas hectáreas de tierra virgen a un agricultor, que las explotaba con su propio trabajo y el de su familia. Por lo general los contratos incluían diversas cláusulas, referidas al uso y comercialización, compra de semillas e insumos, que perjudicaban al arrendatario en beneficio del rentista. A veces —y casi siempre en forma estacional— el arrendatario contrataba jornaleros. En muchos casos aportaba sus propias herramientas y, con el paso del tiempo, sus propias máquinas agrícolas.

El contrato de arrendamiento duraba tres o cuatro años, durante los cuales el inmigrante, instalado de manera precaria arrancaba merced a su autoexplotación y la de su familia cereales a la tierra virgen. Al término del contrato debía reintegrar el campo sembrado con alfalfa y emprender, con su familia, un penoso traslado.

La historia de estos arrendatarios ocupa buena parte de la historia del desarrollo de la agricultura en la llanura pampeana. Pese a los inconvenientes, a la carencia de instalaciones, la precaria vivienda, la falta de galpones para almacenaje, la pérdida de cosechas por sequías o por lluvias que arruinaban los granos estibados a la intemperie, los malos precios en épocas de buena producción y muchas otras penurias, Argentina se transformó en pocos años, merced al esfuerzo de estos agricultores, en un gran exportador de cereales.

Para el terrateniente el negocio era redondo: cobraba una renta por la tierra que arrendaba, valorizaba su tierra al poblar regiones semidesiertas, conservaba las mejoras introducidas por el arrendatario y recuperaba la tierra gratuitamente refinada, sembrada con excelente forraje, lista para ser destinada a su actividad principal: la ganadería.

El arrendatario debía trasladarse continuamente, mudarse con su familia y enseres de un campo a otro, luchar denodadamente contra los inconvenientes de la naturaleza y de un medio social muchas veces hostil. No gozaba de apoyo bancario; estaba a merced de los comerciantes, usureros y transportistas que manipulaban los precios de los productos y de los insumos, cobraban altísimas tasas de interés por sus anticipos y se apropiaban, mediante diversas maniobras, de una buena parte de la renta —y aun de la ganancia— que se generaba mediante la producción cerealera.

Las tierras fértiles habían sido acaparadas tempranamente por una clase rural que reconoce a sus antecesores en los comerciantes portuarios en la época del monopolio comercial español. Posteriormente, y durante un largo periodo, el Estado les fue cediendo en forma gratuita o semi-gratuita las tierras públicas. Cada vez que las campañas militares contra

los indios acrecentaban las fronteras, nuevas tierras eran cedidas a bajo precio, o entregadas gratuitamente, a los sectores privilegiados.³⁶

Entre 1830 y 1903 el Estado cedió gratuitamente o vendió a muy bajo precio 32 447 045 hectáreas de la mejor tierra, situada en la región de carne y cereal, o sea casi el 60% de la superficie total de la zona.³⁷ “El Estado utilizó la tierra pública para acrecentar el haber de los propietarios territoriales ya establecidos, muy especialmente los de la provincia de Buenos Aires; para crear otros nuevos; para pagar servicios militares; inclusive, para tratar de solucionar, con su venta en Europa, la crisis iniciada en 1890. Como algunos de los primeros beneficiarios revendieron rápidamente sus tierras a propietarios ya establecidos, al cabo de pocos años se había formado un núcleo numéricamente reducido de latifundistas en la zona pampeana, el origen de cuya fortuna era, en muy elevada proporción, la tierra pública a que hacemos referencia.”³⁸

Luego de vencidos los caudillos del interior, finalizada la conquista del desierto y derrotado Paraguay, la oligarquía terrateniente del litoral afianza su hegemonía sin opositores de significación a la vista. Se promueve la inmigración sin acceso a la tierra a los recién llegados, se producen inversiones masivas de capital inglés —y en menor escala francés y alemán— y se desarrolla la agricultura y la ganadería. El ferrocarril, “prolongación terrestre de la flota mercante inglesa”³⁹ se expande con gran rapidez. Su expansión acelera el poblamiento, la puesta en producción de zonas alejadas y la rápida valorización de las tierras y, también, contribuye decisivamente a la ruina de las economías del interior, donde fue el agente de la penetración de artículos importados, con los que las rudimentarias industrias locales no podían competir.

La ganadería experimenta un gran desarrollo, basado sobre todo en la mejoría de la calidad, mediante la mestización del ganado vacuno y lanar. El vacuno es adaptado al gusto inglés. Pronto se exportan grandes cantidades de ganado en pie y, con el desarrollo de las técnicas de refrigeración y la construcción de grandes frigoríficos, se comienza a exportar carne, en un principio congelada y más adelante carne enfriada. Sociedades constituidas en Europa se dedican a la explotación en Argentina de servicios públicos y actividades agropecuarias y comerciales: ferrocarriles, tranvías, bancos, obras sanitarias, puertos, gas, electricidad, seguros, te-

³⁶ Para antecedentes sobre concentración de la tierra en la Argentina véase: Jacinto Oddone, *La burguesía terrateniente argentina*, Buenos Aires, Editorial La Vanguardia, 1930; Gastón Gori, *Inmigración y colonización en la Argentina*, Editorial Eudeba, 1964; Juan L. Tenenbaum, *Orientación económica de la agricultura argentina*, Buenos Aires, Argentina, Editorial Lozada, 1946; James R. Scobie, *Revolución en las pampas*, Buenos Aires, Editorial Solar/Hachette, 1968.

³⁷ Sergio Bagú, “La estructuración económica en la etapa formativa de la Argentina moderna”, *Revista Desarrollo Económico*, Núm. 2, Buenos Aires, 1965, pp. 113 y 115.

³⁸ *Ibid.*

³⁹ Rodolfo Puigross, *Pueblo y oligarquía*, Buenos Aires, Editorial Jorge Álvarez, 1965, pp. 80-83.

léfonos, telégrafos, estancias, aguas corrientes, frigoríficos, grandes tiendas.

En suma, Argentina realiza un rápido proceso económico, mediante la instalación de un régimen de producción capitalista dependiente, basado en la explotación agropecuaria de sus praderas fértiles y dirigido por una clase terrateniente capitalista local en estrecha alianza con el capital inglés. Fue capitalista porque se basaba en relaciones de producción de ese carácter, porque la tierra y sus productos asumían la forma "mercancía" y porque su legislación, las formas jurídicas que asumían las empresas más modernas y las estructuras organizativas, se correspondían con ese modo de producción. Fue dependiente, porque a diferencia del desarrollo capitalista europeo, en este país el capitalismo aparece como un producto implantado desde fuera, estrechamente ligado al capital inglés y a la economía británica. Se establecen lazos de profunda dependencia con Inglaterra, país que controla sectores estratégicos de la economía Argentina, del comercio de importación y exportación, de los servicios públicos y las finanzas, se constituye en el principal proveedor y en el principal cliente y obtiene así una parte muy importante del excedente no producido por la economía nacional.

Capitalismo dependiente supone relaciones de producción capitalista desarrolladas en un espacio dominado por una economía externa. Ése fue el caso de Argentina, también el de Uruguay y el de gran parte de América Latina. Ubicarnos en este nivel de síntesis es de gran importancia para la comprensión del proceso inmigratorio, sus leyes más profundas y los nexos que este proceso pone en evidencia entre nuestra región y Europa. También es de gran importancia para introducirnos en el tema de la cultura y en el papel de la inmigración en los procesos culturales de la región.

Nos hemos extendido en el proceso argentino, no sólo por su mayor magnitud, también porque su descripción permite comprender en sus rasgos esenciales el crecimiento económico y la inmigración en el Uruguay. Haremos a continuación una exposición sintética de los fenómenos demográficos y migratorios en Uruguay y en Paraguay.

2. *La inmigración en Uruguay*

La evolución económica de Uruguay fue, a grandes rasgos, semejante a la del litoral argentino. Su desarrollo estuvo presidido por la instalación de un sistema capitalista-dependiente, basado en la ocupación de las fértiles praderas y en su puesta en explotación con miras a los mercados europeos. Como en Argentina predominaron las inversiones inglesas —y en menor medida de otras naciones de Europa— y la hegemonía interna de una clase terrateniente. El motor económico profundo de este proceso —al igual que en Argentina— era la obtención de renta agraria; renta

que era apropiada por los sectores dominantes: terratenientes, comerciantes y exportadores, inversores ingleses.

Entre las diferencias más notorias que pueden señalarse con el proceso argentino, destacaremos las siguientes: *a)* a diferencia del caso argentino, no existía en el Uruguay una región importante del país notoriamente perjudicada por el desarrollo agroexportador y la política liberal-dependiente. Uruguay se asemeja en lo ecológico y en lo social a la región litoral de Argentina. No poseía regiones diferenciadas por su geografía, su economía y su cultura comparables a las llamadas "economías del interior" en la Argentina del siglo pasado; *b)* en Uruguay la inmigración tuvo un relativo auge mucho antes que en Argentina. Ya entre 1830 y 1840 hubo un ingreso considerable de inmigrantes, sobre todo de franceses; *c)* en Uruguay la población indígena fue tempranamente eliminada; prácticamente no existía en la época en que se inicia la etapa de desarrollo capitalista-liberal; sobrevivió en cambio una regular cantidad de población negra, que se hace notar en las manifestaciones culturales; *d)* la fuerte presencia brasileña y su presión en el sector norte del país, ejerce influencia constante en la historia uruguaya manifestándose también en su cultura.

Como ya se señaló antes, la población estimada en Uruguay para 1830 era de alrededor de 74 000 habitantes. En el decenio siguiente la fuerte inmigración la eleva de manera significativa, alcanzando según diversas estimaciones aproximadamente 200 000 habitantes en 1840,⁴⁰ cifra tal vez exagerada pues el primer censo nacional, realizado en 1852, informa de sólo 132 000 habitantes. Pero debe tenerse en cuenta que ese censo refleja la población sobreviviente a la llamada "Guerra Grande", en cuyo transcurso hubo muchas pérdidas y además una cuantiosa población debió emigrar al Brasil y a la Argentina, afectando esta emigración sobre todo al medio rural.⁴¹

El censo de 1860 refleja un muy llamativo crecimiento: la población alcanza a 221 000 personas, pudiéndose apreciar una deformación que perduraría en ambos márgenes del Río de la Plata: el desproporcionado crecimiento de la ciudad-puerto. Montevideo alcanzaba ya en 1860 la cuarta parte de la población total del país: 57 911 habitantes. El crecimiento de la población del país en esta época se debe a una continua inmigración europea, aunque con significativa participación brasileña cuya presencia se calcula para ese entonces en 20 000 habitantes.⁴²

En 1870, sólo diez años después, la población se ha duplicado. Uruguay cuenta con 450 000 habitantes de los cuales casi la cuarta parte —103 000— eran extranjeros. La intensidad de la inmigración es difícil de medir, ya que las informaciones acerca del ingreso de extranjeros no

⁴⁰ Roque Faraone, *Introducción a la historia económica del Uruguay, 1925-1973*, Montevideo, Editorial Arca, 1974, p. 18.

⁴¹ Juan Antonio Oddone, "Economía y sociedad en el Uruguay liberal", Montevideo, Ediciones La Banda Oriental, 1967, p. 10.

⁴² *Ibid.*, p. 11.

son confiables; un elevado número de inmigrantes cuyo destino final sería Brasil o Argentina, pasa previamente por Montevideo, donde su ingreso es registrado. Por lo tanto, es más seguro recurrir a los datos censales y a la proporción de extranjeros que revelan, pudiéndose apreciar una muy elevada inmigración y también un alto crecimiento vegetativo, lo que contrastará con el muy bajo índice de natalidad que caracterizará a Uruguay y también a Argentina en el siglo xx.

La inmigración al Uruguay, al igual que a Argentina, sigue los ritmos de la economía; aumenta en las épocas prósperas y disminuye con las crisis. Pero considerando periodos prolongados, puede apreciarse el rápido crecimiento demográfico y la gran participación en ese crecimiento de la inmigración europea.

En 1884 Montevideo cuenta ya con 164 000 habitantes, con gran proporción de extranjeros: 32 000 italianos, 22 000 españoles y 7 300 franceses. Entre 1887 y 1889, época de prosperidad, se registra el ingreso de más de 45 000 inmigrantes. En 1889, Montevideo supera los 215 000 habitantes.⁴³

La crisis del 90 provoca un fuerte retorno de inmigrantes, pero en los años siguientes el crecimiento continúa y para 1900 Uruguay supera los 900 000 habitantes: el doble que en 1875 y siete veces más que en 1852. Al igual que en Argentina, la inmigración que predomina en este periodo es la proveniente de Italia y España.⁴⁴

El censo de 1908 registra 1 041 000 habitantes para todo el país, observándose que el saldo neto de la corriente migratoria alcanza a casi la mitad de la población: 481 480 personas. Comienza a notarse la presencia de migraciones menores, provenientes de países eslavos y del Cercano Oriente: judíos del Este de Europa, armenios, sirios y libaneses integran una minoría significativa.⁴⁵

Durante los primeros decenios del siglo xx, la población urbana sigue creciendo, destacándose Montevideo, que concentra las dos terceras partes de la población urbana.

3. Paraguay: Aspectos demográficos. La inmigración. La guerra de la Triple Alianza

La Guerra del Paraguay ha dado lugar a enconadas controversias. Testimonio del genocidio de un pueblo, continúa, un siglo después, provocando emotivos alegatos, impugnaciones y polémicas entre los historiadores. El alto voltaje ideológico de la cuestión alcanza incluso a la demografía, barajándose informaciones muy contradictorias acerca de la población que tenía Paraguay antes de la guerra, afectando con ello la presunta cantidad de víctimas. Se puede, sin embargo, destacar algunos

⁴³ Cfr., Odonne, *op. cit.*, p. 13.

⁴⁴ Cfr., Faraone, *op. cit.*, p. 50.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 76.

hechos históricos, indudablemente objetivos, que arrojan luz sobre el proceso:

a) Paraguay, aislado durante muchos decenios, había alcanzado un grado mayor de unidad política que los otros países del Plata. Su economía, basada en la propiedad estatal de la tierra, la agricultura, el proteccionismo y un incipiente pero promisorio desarrollo industrial, significaba un foco rebelde, autonomista, frente al liberalismo, aliado con Inglaterra, de los otros países del Río de la Plata y del Brasil. Paraguay había introducido, tempranamente, altos hornos, ferrocarriles y algunos navíos de vapor. La educación había alcanzado un importante desarrollo, inusitado en relación a la época y a los países vecinos;

b) El desarrollo autónomo del Paraguay y su política proteccionista lo convertía en un aliado importante para aquellos sectores de Argentina —las economías del interior— y de Brasil, cuyos intereses se veían amenazados por la política librecambista y dependiente. Sólo una vez que fueron vencidos el Paraguay, los caudillos del interior y los indios, se abrió en el Río de la Plata la época signada por la plena hegemonía del sector terrateniente y sus aliados;

c) A la derrota de Paraguay siguió una política de apropiación y reparto de tierras semejante a la que caracterizó a Argentina y Uruguay;

d) Inglaterra, cuya expansión colonial en la época es notoria —sus colonias aumentaron de 2.5 millones de kilómetros cuadrados en 1860 a 7.7 millones en 1880—, financió la guerra del Paraguay. En diversas partes del mundo se produce en esta época el enfrentamiento entre los sectores que propician un desarrollo autónomo, proteccionista e industrial y los sectores interesados en un crecimiento dependiente, librecambista, basado en la importación de productos industriales y la exportación de productos primarios. Es el caso de la guerra civil de Estados Unidos (1861-1865), de gran trascendencia para la Gran Bretaña y en la que los intereses pro-ingleses fueron derrotados. En la Guerra del Paraguay, la política propiciada por Inglaterra para sus colonias y zonas de influencia, salió triunfante. Inglaterra buscaba por esa época abastecimientos de cereales, algodón y materias primas que redujesen su necesidad de abastecerse en los Estados Unidos. En el Río de la Plata tuvo éxito esta política en cuanto al desarrollo cerealero, pero en cambio el proyecto de cultivar algodón en Paraguay no prosperó.

Con anterioridad a la guerra, la población de Paraguay superaba el millón de habitantes —1 337 000 en 1857— aunque algunos autores⁴⁶ impugnan estas cifras, atribuyéndolas a actos de propaganda del gobierno de Solano López. El censo de 1886, revela tan sólo 239 774 habitantes, con una marcada proporción de mujeres, niños y ancianos.

A diferencia de Argentina y Uruguay, el Paraguay recibió sólo una

⁴⁶ Raúl Mendoza, "Desarrollo y evolución de la población uruguayaya", en D. Rivarora y otros (Comps.), *Población, urbanización y recursos humanos en el Paraguay*, Asunción, Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos, 1969, p. 15-17.

inmigración muy escasa. En cambio, su alto índice de crecimiento vegetativo, permitió un rápido aumento de la población.

Numerosas leyes fueron sancionadas propiciando la inmigración y concediendo beneficios a los inmigrantes, pero no tuvieron éxito. Por ley de 1881 se otorgaba alimentación gratuita durante seis meses, se concedían tierras y se proveía de habitación y útiles de labranza. Sin embargo, entre 1881 y 1902 se asentaron sólo unos 8 000 inmigrantes, a razón de unos 350 al año.⁴⁷ Entre 1903 y 1937 se radicaron en Paraguay apenas 25 780 inmigrantes, y en el total de 77 años no supera las 42 000 personas.⁴⁸

Entre los inmigrantes que se radicaron debe destacarse la exitosa colonización menonita establecida en el Chaco en virtud de leyes de 1921

Cuadro 9

PARAGUAY: POBLACIÓN ESTIMADA

Año	Habitantes
1920	700 000
1930	880 000
1940	1 111 000

FUENTE: *Boletín Demográfico*, CELADE, Santiago de Chile, julio de 1970.

que les otorgaban libertad religiosa y educativa y los eximían de obligaciones militares. Los menonitas, integrantes de una secta cristiana fundada en 1525, se caracterizan por la prohibición absoluta de practicar la lucha armada y de hacer el servicio militar. Se establecieron en número considerable en el casi desierto Chaco Paraguayo; algunos llegaron de Rusia, otros de Polonia y de Canadá. Fundaron prósperas colonias agrícolas —ocupaban 385 000 hectáreas en 1951—, conservaron su idioma y sus costumbres y extendieron en cierta medida su influencia cultural a los indígenas de la región.

IV. INMIGRACIÓN Y CAPITALISMO

Como ya hemos visto, el desarrollo económico de la región del Río de la Plata se realizó sobre la base de la implantación de un sistema capitalista, centrado en la producción y exportación de productos del agro, con gran inversión de capital y tecnología inglesa —y de otras naciones de Europa— y dentro del marco de la política económica internacional que propiciaba Inglaterra.

⁴⁷ Datos de Carlos Pastore, *La lucha por la tierra en el Paraguay*, Montevideo, Ediciones Antequera, 1972, p. 266.

⁴⁸ *Ibid.*

La instalación de un sistema capitalista supuso la importación de fuerza de trabajo, de tecnología y de capital; también la implantación de las formas jurídicas, organizativas e ideológicas importantes en los países capitalistas avanzados. Del país original poco quedó en las regiones afectadas por este proceso, apenas: la tierra; la clase terrateniente y comercial; la escasa influencia de su población original, diezmada por las guerras y disminuida porcentualmente por el aporte inmigratorio; alguna persistencia de su cultura y sus costumbres.

Conviene pues enmarcar la inmigración en el contexto de la implantación de una formación social capitalista, dependiente de Inglaterra, pues es el que devela su verdadera significación: *la inmigración significó fuerza de trabajo incorporada a una formación capitalista en crecimiento.*

Pero ser fuerza de trabajo asalariada no es una condición natural del hombre, supone un largo proceso histórico. Para que la población esté dispuesta a vender su fuerza de trabajo, es preciso que un largo proceso histórico la haya separado del acceso y del control de los medios de producción, principalmente de la tierra. Este proceso se cumplió en Europa, expulsando campesinos de la tierra y poniendo en disponibilidad una gran masa humana —sin otra posesión que su fuerza de trabajo— a la que la incipiente industrialización capitalista europea no lograba emplear.

Argentina y Uruguay importaron parte de esa fuerza de trabajo excedente, separada ya de los medios de producción y resignada a su condición a través de un largo y conflictivo proceso en el viejo mundo. Con esta fuerza de trabajo fue posible poner en producción nuevos y vastos espacios fértiles, afianzar la economía de las principales naciones de Europa con inversiones rentables en la región del Plata, con nuevos mercados y materias primas y alimentos más baratos y reducir la presión conflictiva, peligrosa para el sistema dominante, que emanaba de la gran masa de población pauperizada.

Pero al Río de la Plata llegaban hombres, no asalariados. Para que los inmigrantes estuvieran dispuestos a convertirse en asalariados, o en mano de obra independiente igualmente explotada, *era preciso que aquí también se reprodujeran las condiciones socioeconómicas de Europa, que no tuvieran fácil acceso a los medios de producción, sobre todo, que no tuvieran acceso a la propiedad de la tierra.*

“Mr. Peel —clama ante nosotros Wakefield— transportó de Inglaterra al Swan River, en Nueva Holanda, medios de vida y producción por valor de 50 000 libras esterlinas. Fue lo suficientemente previsor para transportar además 3 000 individuos de la clase trabajadora, hombres, mujeres y niños. Pero apenas llegó la expedición al lugar de destino, ‘Peel se quedó sin un criado para hacerle la cama y subirle agua del río’. ¡Pobre Mr. Peel! Lo había previsto todo, menos la importación al Swan River de las condiciones de producción imperantes en Inglaterra”.⁴⁹

En el Río de la Plata, las clases dominantes tuvieron más suerte que

⁴⁹ Karl Marx., *op. cit.*, p. 651.

Mr. Peel. Las condiciones de producción imperantes obligaron a los inmigrantes a vender su fuerza de trabajo. La tierra estaba acaparada, la mayor parte en manos de particulares; y las tierras públicas, en poder del Estado, eran igualmente inaccesibles. Las Leyes de Tierras Públicas sancionaban esta situación conservando tierras improductivas en aras de la fluida oferta de mano de obra.

La enorme mayoría de los inmigrantes no tuvo acceso a la tierra. Hubo, sí, posibilidad de empleo, e incluso, en algunos periodos, buenos salarios. También podían tener acceso a la tierra, a extensiones difíciles de imaginar en Europa, en calidad de arrendatarios. Sólo muy pocos, sobre todo en los primeros tiempos de la inmigración consiguieron alguna tierra en propiedad, y lograron conservarla sorteando condiciones muy adversas.

Para aprovechar la coyuntura internacional favorable, la demanda europea de cereales y carne, era preciso poner en funcionamiento la extensa pampa, fértil y baldía. Era preciso transformar las vastas e improductivas estancias en establecimientos capitalistas, era necesario sembrar, cosechar, alambrar, refinar el ganado, instalar vías férreas, cargar y descargar, construir frigoríficos, muelles, caminos, procesar y embarcar los productos, etc., etc. Hacía falta fuerza de trabajo; Europa proveyó hombres que habían aprendido, a lo largo de siglos, las reglas de juego del capital y el trabajo. El campesino sin tierra, el pobre de las ciudades, el hambriento sin esperanzas, venían a América dispuestos a trabajar, aceptando el orden establecido, sin cuestionar las formas de propiedad y de distribución imperantes, agradecidos a las posibilidades de empleo y a las esperanzas de progreso.

La inmigración masiva contribuyó también en forma notable al afianzamiento político de la clase dominante del litoral al desequilibrar en su favor el balance demográfico y económico con respecto a las provincias del interior. Hay que tener en cuenta que los inmigrantes, en general, no participan de manera significativa y durante un periodo bastante largo, en la escena política del país receptor. Hay una lógica pasividad del inmigrante en este terreno, una incercia política que a veces abarca una generación. En el Río de la Plata, esta pasividad contribuyó al afianzamiento del poder de la burguesía terrateniente.

Esa no participación se debe al impacto del traslado a una nueva realidad política, económica y cultural, donde el inmigrante, relativamente aislado, debe enfrentar nuevas y difíciles exigencias. En este nuevo *habitat* es un extranjero, habla muchas veces otro idioma, no cuenta con los apoyos y solidaridades de su lugar de origen, no se siente con derechos. No tiene fuerzas para organizar reivindicaciones significativas y debe pasar bastante tiempo para que ello cambie.

En Argentina transcurrieron varios decenios; recién en 1912, con el llamado Grito de Alcorta, aparece el primer movimiento rural, organizado por agricultores de origen europeo, que plantea vigorosamente rei-

vindicaciones contra la explotación y las duras condiciones de vida. Hubo antes, es cierto, algunos movimientos reivindicativos aislados, sobre todo en Santa Fe; la colonia Esperanza llegó a contribuir con hombres armados, un cuerpo de tiradores suizos, a un alzamiento en el año 1893. También en las ciudades hubo huelgas, movilizaciones políticas y protestas obreras. Pero fue sólo a partir del segundo decenio del siglo xx que el poder hasta entonces indiscutido de la gran burguesía terrateniente, comenzó a ser compartido por una nueva clase media, constituida en gran medida por europeos y sus descendientes.

Pero no toda la mano de obra inmigrante asumió la forma "trabajador asalariado", característica del modo de producción capitalista. Un sector importante en el área rural lo formaron, como ya lo señalaremos, los arrendatarios y pequeños colonos. Estos pequeños productores, dedicados a la agricultura, empleaban poca mano de obra asalariada, y cuando lo hacían eran sobre todo empleos estacionales. Su producción estaba basada en el trabajo personal del arrendatario o colono y en el de su familia. Pueden ser caracterizados como "productores simples de mercancías",⁵⁰ forma productiva habitual en la Europa precapitalista. Aunque produce mercancías dentro de un régimen de propiedad privada de la tierra, el productor simple de mercancías no es ni capitalista ni asalariado. Cuando es arrendatario, entrega una parte de su producto al terrateniente —como renta en dinero o en especie—, y esa renta que paga constituye una parte del trabajo sobrante rendido por el propio agricultor, y a veces, con bastante frecuencia, una parte del salario normal que en otras condiciones recibiría por la misma cantidad de trabajo.⁵¹

Las condiciones de vida del arrendatario y del colono eran duras, casi siempre más duras que las del asalariado en las ciudades. Su producción y su supervivencia dependían de la autoexplotación de su trabajo y del de su familia, mientras que el plusproducto por él generado era apropiado por el terrateniente, el comerciante, el transportista y el usurero. "La ganancia del comerciante puede originarse, en la producción simple de mercancías, no solamente en el hecho que él las vende por encima de su valor, sino también del hecho que él las adquiere por debajo de su valor."⁵²

La epopeya del agricultor inmigrante en esos años es ricamente descrita en una vasta literatura sociológica.⁵³

En el curso de este trabajo hemos presentado las condiciones internacionales en las que se gesta el proceso migratorio, los fenómenos sociales que determinan la sobrepoblación europea y las características de la eco-

⁵⁰ Véase K. Kautsky, *op. cit.*, p. 75.

⁵¹ *Cfr.*, Karl Marx, *op. cit.*, tomo III, p. 542.

⁵² K. Kautsky, *op. cit.*, p. 75.

⁵³ Por ejemplo, Giberti, *op. cit.*; James R. Scobie, *op. cit.*; Gastón Gori, *El pan nuestro*, Buenos Aires, Editorial Nueva Visión, 1958; Romain Gaignard, "Origen y evolución de la pequeña propiedad campesina en la pampa seca argentina", en *Desarrollo Económico*, Buenos Aires, junio de 1966.

nomía mundial y en especial la dinámica del hegemónico imperio inglés, que articula las condiciones para la puesta en producción de la Pampa Húmeda bajo formas capitalistas, dependientes y complementarias de la economía británica. Hemos descrito los procesos migratorios en el Río de la Plata dentro del marco de sus contradicciones sociales, económicas y políticas y por último hemos presentado al proceso de inmigración a la región como un fenómeno que sólo puede ser descifrado cuando se le presenta como lo que realmente fue: la incorporación de fuerza de trabajo en una formación social capitalista, previa implantación de las condiciones económicas y políticas que aseguren la hegemonía de la gran burguesía terrateniente y del capital inglés y que garanticen la reproducción del sistema.

A partir de esta caracterización es que entendemos que se debe encarar el estudio de los fenómenos culturales relacionados con la inmigración, y a ese efecto formularemos algunas hipótesis.

V. HIPÓTESIS PARA EL ESTUDIO DE LOS APORTES CULTURALES DE LOS INMIGRANTES⁵⁴

El tema de la emergencia de nuevas formas culturales en Argentina y Uruguay,⁵⁵ en relación con la incorporación masiva de nueva población a estos dos países, ha sido tratado con frecuencia. Sin embargo, el tema es sumamente complejo y presenta aspectos que no han sido aún estudiados. Básicamente, tanto los ensayos sociales como la literatura, se han ocupado de los efectos sobre idioma, vida cotidiana y costumbres, producidos por la llegada de millones de personas, portadores de rasgos culturales diferentes. Estos efectos son sin duda reales, de gran intensidad y fácilmente observables. La gran cantidad de extranjeros, sobre todo en las ciudades, y la concentración de población masculina y adulta, produce consecuencias visibles y a veces conflictivas. El proceso de incor-

⁵⁴ Consideramos "cultura" desde un punto de vista operativo a: las formas de comunicación (diversos códigos comunicacionales: lenguajes, mímica y otros sistemas de signos y sus connotaciones); los códigos estéticos y efectivos; los modos de relación interpersonal y de organización familiar; las maneras de vestir, cocinar, etc., la religión; los mitos; las costumbres; la visión compartida del mundo. En general, esta enumeración comprende a la cultura en el plano de los sistemas simbólicos y de los códigos que rigen los comportamientos cotidianos y que imprimen sus características a las distintas producciones de un grupo humano.

⁵⁵ Omitimos al Paraguay debido a su escasa recepción de inmigrantes. Lo mismo se aplica a extensas regiones de la Argentina, sobre todo las provincias precordilleranas del Noroeste, donde la influencia inmigratoria fue escasa. Sin embargo, alcanzó a esas regiones aunque en forma indirecta, la influencia de los cambios culturales en el litoral argentino y en el Uruguay. Posteriormente, al disminuir y extinguirse la inmigración europea, del interior argentino y del Paraguay afluó una corriente migratoria proveedora de mano de obra a las regiones más desarrolladas de la Argentina. Esta emigración, más los contactos que los emigrados mantuvieron con su región de origen, determinó también profundas consecuencias culturales para las regiones cedentes de población.

poración y adaptación al nuevo *habitat*, y la interacción entre nativos e inmigrantes afectan profundamente la vida social durante varios decenios y se van reflejando en todos los planos de la cultura.

Las hipótesis más corrientes, implícitas o explícitas en casi todas las descripciones del proceso, se refieren a la fusión de etnias, a la emergencia de una nueva cultura, producto nuevo de la mera interacción, armoniosa o conflictiva, entre la cultura local y los aportes culturales de los inmigrantes. Esta fusión, realizada a lo largo de varias generaciones, habría cristalizado en una cultura nueva, portada por las generaciones recientes, que habrían realizado la síntesis de la variedad de rasgos transmitidos por los migrantes de orígenes diversos, con la cultura de los nativos. Las instituciones, el espacio, la vida económica y social y la población original, a los cuales se fueron incorporando los inmigrantes, habrían asegurado, a pesar del rápido proceso de cambio, una cierta perduración de la tradición hispano-colonial y de las formas culturales originales plasmadas a lo largo de la historia local.

Esta posición es a mi juicio correcta pero incompleta. Describe aspectos indudablemente exactos del proceso pero omite criterios sumamente importantes para la comprensión de la génesis y dinámica de los procesos culturales.

Lo que se omite en esos análisis es que la cultura es profundamente afectada en la naturaleza de sus productos y en la forma de producción de los mismos, por determinaciones que emergen de la estructura económica, del modo de producción, y en este caso, por las formas capitalistas y dependientes que presiden el proceso económico, social y político en los países del Plata y además explican el proceso migratorio.

Es cierto que la superestructura, y en ella la cultura, tiene una autonomía relativa, una cierta transhistoricidad; es verdad que no existe una relación mecánica entre la cultura y los fenómenos económicos o con la base socioeconómica de una sociedad. Sin duda hay aspectos superestructurales que no pueden explicarse con esquemas simples, deterministas y mecánicos. Pero no cabe duda alguna, y la experiencia lo comprueba, que la instalación de un modelo económico-social tan dinámico, transformador y absorbente como el capitalismo, con sus correlatos jurídicos, políticos y organizativos, ejerce un peso muy profundo sobre la forma de producción y los códigos últimos de los productos culturales. Tampoco puede ignorarse el peso de la dependencia; y lo demuestra la influencia de instituciones, formas de organización, tradiciones y costumbres y formas de articulación del espacio urbano en Argentina y Uruguay.

Pese a que el aporte de población de Inglaterra y Francia fue insignificante, puede observarse su tremendo peso en la urbanización, los deportes, las instituciones y las costumbres del Río de la Plata. Modas, libros, sistemas de enseñanza, música, fútbol, tenis, basquetbol, la arquitectura, los clubes, la vestimenta, los objetos... testimonian la profunda influencia de los países dominantes en la cultura local. Puede afirmarse

que el Buenos Aires de 1910 se parece más a París que a Roma o Madrid. El Buenos Aires de 1976 se va pareciendo cada vez más a un modelo universal de ciudad, repetido hoy en diversos continentes y latitudes, producto de la primacía del automóvil, de la concentración de la población en grandes urbes, de la especulación con la construcción y con el espacio, de la producción y difusión universal de modelos culturales diseñados en las metrópolis y la consiguiente pérdida para los habitantes, de la capacidad de expresarse creativamente y de construir en forma interactiva y solidaria su propia cultura.

Es por lo tanto correcto plantear que a la cultura existente en 1850 en el Río de la Plata, se agregan los rasgos portados por los inmigrantes y las creaciones culturales emergentes de la nueva situación, pero esta situación se complica y adquiere una nueva dimensión cuando se tiene en cuenta que todos esos aportes culturales son organizados y procesados en función de nuevos códigos culturales que son coherentes con la formación social capitalista-dependiente que se va desarrollando y, en las etapas más recientes —y para esto es pertinente el ejemplo de la ciudad actual—, se torna evidente la influencia decisiva de nuevas formas culturales, y sobre todo de *nuevos procesos de fabricación de cultura*, característicos de la cultura de masas, donde minorías especializadas diseñan y difunden la mayor parte de los productos culturales, afectando los códigos estéticos, ideológicos y afectivos implícitos en ellos, reduciendo considerablemente la participación, iniciativa y creatividad colectivas.

La cultura existente en el Río de la Plata en 1850, estaba vinculada con la tradición hispano-criolla, más alguna influencia indígena; en el Uruguay debe agregarse la influencia lusitana y negra. Estas formas culturales correspondían a las formas precapitalistas vigentes: agrícolas y artesanales en el Noroeste argentino, pastoriles en las llanuras pampeanas, donde la influencia y la interacción con las sociedades indígenas se hacía sentir con mayor peso. En las ciudades, sobre todo Buenos Aires y Montevideo, la tradición hispano-colonial se manifestaba en la urbanización, lengua y costumbres; pero una antigua vinculación a través del comercio y del contrabando con los países capitalistas europeos, había facilitado la penetración cultural en estos puertos, principalmente por parte de Inglaterra y Francia.

Los inmigrantes provenían, sobre todo, de las áreas campesinas de países donde las formas capitalistas incipientes, al penetrar en las zonas rurales, determinaban la separación de gran cantidad de personas de los medios de producción. Venían de regiones densamente pobladas, con escasez de tierras y antigua cultura.

Es indudable la influencia de la cultura aportada por los inmigrantes en infinidad de esferas: la música, el teatro, el folklore y otras expresiones artísticas; las costumbres culinarias, los rasgos psicosociales, las formas religiosas, las tradiciones familiares, los valores y los prejuicios. Conservaban una profunda relación interna con su país de origen, al que

casi siempre pensaban volver; su patria europea fue durante largo tiempo marco de referencia para su identidad.

Las construcciones urbanas, y sobre todo muchas fachadas, reflejan la influencia italiana; muchas de las consecuencias sociales y culturales de la incorporación masiva de europeos, del crecimiento y transformación de la ciudad, de los cambios demográficos y de la alta tasa de masculinidad, se expresan en el tango, canción popular que nace en las "orillas", o sea los lindes de la ciudad, donde se encuentran lo europeo con lo criollo en los primeros decenios del siglo xx. Y donde la síntesis de culturas se expresa con mayor eficacia, es tal vez en el idioma, creación colectiva, producto de la interacción de millones de personas, que testimonia el encuentro de etnias y en el que pueden encontrarse las huellas de todas las etapas de la formación de la cultura actual.

Otorgamos pues toda su importancia a los rasgos culturales aportados por los inmigrantes, testimoniados aún hoy, muchos decenios después, en múltiples y variados aspectos de la cultura de la región. Pero sostenemos la hipótesis que para comprender la verdadera naturaleza del proceso cultural en el Río de la Plata, hay que considerar que tales rasgos han sido procesados por una matriz cultural, emergente de los fenómenos culturales, de los grandes y rápidos cambios económicos y sociales de la época, de la nueva formación social caracterizada por el capitalismo y la dependencia. El capitalismo genera su propia lógica superestructural, que si bien no explica mecánicamente cada rasgo de la superestructura, debe tenerse en cuenta para comprender los códigos profundos de la cultura y de la ideología, códigos que se conjugan en las manifestaciones más diversas, y que pueden ser leídos en todos los productos de un sistema social. La dependencia se expresa en un primer momento, en formas obvias de colonialismo cultural, en la cultura de los sectores dominantes y en las instituciones socializadoras. La dependencia se articula con las formas capitalistas y colorea sus productos culturales.

En decenios recientes, con el auge de las empresas multinacionales y las nuevas formas de dominación internacional, adquieren importancia central nuevos mecanismos en el plano de la cultura: la llamada cultura de masas, que ya hemos mencionado, y que podríamos caracterizar como un sistema burocrático de fabricación de productos culturales. Grandes empresas, poseedoras de ingente capital y tecnología y de carácter frecuentemente internacional, diseñan, producen y difunden, con enorme eficacia, productos culturales en sus más diversas expresiones, difundiendo con ellos códigos ideológicos y culturales profundos, que cumplen una función socializadora coherente con las necesidades económicas y políticas del sistema dominante.

Sintetizando lo expuesto, consideramos que deben distinguirse dos etapas al estudiar la influencia de los rasgos migratorios en la cultura del Río de la Plata: en la primera, vinculada a la preponderancia del capital inglés, es preciso atender, para comprender los procesos culturales, a las

consecuencias superestructurales del capitalismo y la dependencia sobre la articulación de los rasgos culturales portados por las distintas etnias; en una segunda etapa, en que el imperialismo asume nuevas formas, aparece un nuevo proceso de fabricación de productos culturales, la cultura de masas, con extraordinaria tecnología y enorme poder de difusión, que homogeneiza las culturas y reduce la creación colectiva y la participación popular.